

Por su parte, la mención de los influjos operativos en la poesía social republicana (Whitman y expresionistas alemanes especialmente) explican determinadas concepciones del poeta, o bien el expresionismo de, pongamos por caso, Prados; aunque también se sitúan a la vez como puntos de arranque, respectivamente, de la tendencia al versículo y del tremendismo de los cuarenta.

Parejo interés reviste la puntualización de que los libros de Bastera y Pemán son formalmente clasicistas, en sutil encuentro con los poetas de signo estético en apariencia más divergente. Y no en menor grado son reveladores de la penetración en el análisis la multitud de pormenores con que se rodea a Gil-Albert y a M. Hernández, remarcando en el segundo la impronta nerudiana y neorromántica (vía Garcilaso y Bécquer), y en el primero la fuerte calidad de *Misteriosa presencia*, libro al que así se otorga su justa dimensión.

En otro orden de cosas, la poesía «en» la guerra —este es el rótulo que se estima conveniente— ocupa tres extensos capítulos en los que se profundiza, progresivamente, en la poética del romancero de la guerra, sea de signo leal o nacionalista, previa fijación del *corpus* que lo constituye. Al aplicar este enfoque, el crítico —y he aquí otra decisión certera— pone en claro la existencia de una retórica —y su tópica respectiva— común a los romanceros y antologías de los dos bandos. Punto de encuentro este que tuvo que ver con otras dos coincidencias: una misma visión del presente como un todo canonizado, y la imperfecta o nula asimilación del clima y tono del viejo romancero, insuficiencia ésta ya observada en su día por A. Machado y Juan Ramón.

Más perfiles de esta primera fase de la guerra se señalan certeramente en los apartados IV, V y VI. Por ejemplo, el uso y función del romance, y la relativa presencia del soneto —mayor en los «nacionales»— como forma de estirpe neoclasicista que así se ve canalizada hasta su acogida posterior, una vez hubo terminado el conflicto civil. También se atiende a la diferenciación de dos etapas, separadas por la fecha de 1937, en los modos y temas del romancero republicano, valorado de mayor calidad. E igualmente se historia la intensa polémica sobre estética y revolución sostenida por intelectuales próximos a *El mono azul* y *Hora de España*.

Además, G. de la Concha avisa del «continuismo» de la poesía anónima y colectiva republicana en relación a los ideales rehumanizadores de anteguerra, incluida la vertiente de interiorización; ello le llevará a puntualizar, como lo

hará en otros aspectos, el por otro lado canónico trabajo de Serge Salaün⁴.

La consideración de la mayor altura del romancero leal —y es lástima que el crítico relegue a un breve esbozo el análisis de las motivaciones que llevarían a Alberti, Gil-Albert, Altolaguirre y otros a no recoger sus romances de guerra en sus posteriores «Poesías completas»— se reafirma con el examen de libros de autor aparecidos entre 1936-39. Puede apreciarse así la renovada operatividad de esquemas neorrománticos y pautas expresionistas —Alberti— que, salvo en los mejores (*Son nombres ignorados*, de Gil Albert, y *El hombre y el trabajo*, de Serrano Plaja) inducen a una retórica excesiva y lastrada por la argumentación en exceso dialéctica. Defectos éstos que verán su continuación en algunos procedimientos de la poesía social de posguerra más mediocre.

Precisamente el planteamiento romántico escondido tras estas modalidades de escritura explica la frecuente floración en sus textos de notas surreales —caso de Prados—, y también «impuras» de corte nerudiano, en ocasiones mixturadas con cierto tono profético y de salmodia a lo Whitman.

Dicho neorromanticismo, amén de inducir a la confluencia de metros largos y cortos, tuvo su paradigma por estas fechas en M. Hernández y su concepción del poeta como «viento» del pueblo. Aunque la valoración literaria de este autor sea, en esta fase, «decididamente negativa» (p. 172), no por ello se deja de señalar en sus poemas aquello que establece puentes con corrientes más tardías, léase la poetización de coloquialismos y de motivos expresionistas confluyentes en los tremendistas del 40 y en los poetas sociales del 50.

Semejantes connotaciones son advertidas por igual en la que G. de la Concha denomina «poesía proletaria», representada por Arconada, Pla y Beltrán y León Felipe, quien en su poema «La insignia» atiende ya a un peculiar romanticismo profético.

Frente a todos ellos, y no tanto por estética cuanto por ideología, los poetas del bando nacional, viejos y jóvenes, mostraban su mayor tendencia a la autoría individualizada, eran menos militantes, preferían el soneto al romance y, pese a considerar la «España imperial y eterna» como una empresa poética —así en el ideario falangista—, su al-

⁴ Nos referimos a su trabajo *La poesía de la guerra de España*, Castalia, Madrid, 1985.

tura era inferior dentro de esa retórica compartida con los poetas de la otra España. Tal paradoja es analizada en relación con el concepto de poesía y retórica propio de la Falange y con el ideal —latente ya en *Cruz y Raya*— de resaturar el pasado tradicional de España al modo ilustrado.

En este punto, la incidencia, asimismo, del magisterio poético de D'Ors, M. Machado, E. Montes —con fuerte ascendiente en la primera posguerra—, Laín Entralgo, Sánchez Mazas y, al fondo, Ortega, confería a los poetas nacionales un mayor monolitismo expresivo y temático, caracterizado por el modernismo superficial y la problemática religiosa. Con el propósito de demostrar tales asertos, G. de la Concha revisa los esquemas ideológicos de este grupo, determina su relación con las revistas falangistas *Jerarquía* y *Vértice*, analiza las principales antologías aparecidas entre 1938-39, y baja a los textos de sus protagonistas. A propósito de Rosales y Ridruejo se constata su mayor valía y actitud conciliadora —avanzando así la futura *Escorial*— de igual modo que su fidelidad a formas neoclasicistas y su inteligente reivindicación para la derecha de A. Machado.

Pero la exhaustividad alcanza también a otras parcelas de la dialéctica poética de la guerra no siempre bien atendidas anteriormente por la crítica. Nos referimos a la actividad de los «seniors» ya consagrados antes de la contienda —A. Machado, Cernuda, Altolaguirre— y a las tensiones vida-literatura que las circunstancias les impusieron. Supieron superarlas literariamente aquellos que, como Cernuda, no tiñeron su escritura de partidismo, al igual que sucedió con Gil-Albert por los mismos años.

Aquí la detención en la primera parte de *Las Nubes* cernudianas cuaja en un sagaz análisis que ilumina la especial calidad de este libro de tintes elegíacos a la sombra de un Larra reivindicado por tirios y troyanos (se recuerda que más tarde será figura enarbolada por «Juventud Creadora»).

Y para acabar de reconstruir en todos sus perfiles la escritura poética en la guerra, G. de la Concha atiende por igual a los versos de aquellos poetas hispanoamericanos de cuño humanizador y, por ende, neorromántico, que tuvieron intervención poética en nuestro panorama de esas fechas: Vallejo, Octavio Paz, Nicolás Guillén, Neruda.

En cuanto a los momentos del exilio y la cárcel, ocupan un solo capítulo, el VII, previa la salvedad de que sólo se consideran en su primera etapa. Como ideas generales al respecto el autor postula las siguientes: inexistencia de un bloque homogéneo y unitario, no susceptible, en consecuen-

cia, de lecturas unilaterales; coincidentes planteamientos poéticos en el exilio y en el grupo de los que se quedaron; deslinde entre la poesía «de los desterrados» y la «del desierto»; influjo de A. Machado; presencia de dos direcciones de escritura, una de protesta y nostalgia, y otra que ve en la poesía un refugio salvífico; y, en fin, un conjunto de constantes resumibles en talante meditativo, connotaciones filosóficas, introspección y postura estoica ante la adversidad y el dolor.

Los análisis consiguientes de textos de los exiliados ilustran acerca de esas notas comunes. Excelentes resultan las incursiones en León Felipe —en coherente continuidad con un estudio previo dedicado al mismo⁵—, así como el examen de textos de Cernuda, Garfias y Domenchina. A través de estos se aprecia un cañamazo cuyo hilos también entretejerán a grupos y escritos postreros: así, León Felipe y Domenchina al tremendismo, y el segundo a la poesía existencial.

Por su parte, Garfias y Cernuda, éste segundo sobre todo, abren el camino, con *Primavera en Eaton Hastings* y la segunda parte de *Las Nubes*, respectivamente, a una poesía de corte metafísico y meditativo muy cara luego a los poetas del cincuenta. Ciertamente, *Las Nubes* es el primer gran libro de la primera posguerra, y a él se dedica un excelente análisis explicativo de la forma en que los metafísicos ingleses, Browning, Wordsworth y Unamuno se hermanan, con la indicación de que el texto contiene algunas meditaciones religiosas y sobre la patria muy cercanas en el tiempo a las que dentro de España llevaban a cabo los de *Escorial*. En similar plano se colocan ciertos rasgos de poesía social visibles en dicho libro y más tarde patentes en los desarraigados de los cuarenta.

Por lo que hace a la poesía en la cárcel, la atención se polariza en el M. Hernández de *Cancionero y Romancero de ausencias* y *Últimos poemas* que, se advierte, es su etapa más cualificada y aquella que, pese a apuntar a la poesía social y a la intimista posterior, no pudo influir hasta los años sesenta por motivos de censura editorial.

Con la denominación «poetas en la España victoriosa» se inicia la referencia a toda la obra poética de la primera posguerra, que a lo largo de otros tres capítulos, dibuja cada una de sus matrices: *Escorial*, *Garcilaso*, *Quinta del 42* (o la reacción antineoclasicista convergente en *Espadaña*,

⁵ Vid. V. G. de la Concha, León Felipe. Itinerario poético, León, Publicaciones de la Junta de Castilla y León, 1986.

cambio de rumbo éste ligado al magisterio de G. Diego). Sin relegar revistas, manifiestos y otros documentos, el autor baja aquí a la realidad concreta —que admite muy compleja— con la convicción de que es falsa la reducción de la misma al enfrentamiento de garcilasistas y espadañistas. Muy al contrario, la confluencia de corrientes diversas —neoclasicistas, neobarrocas, neorrománticas— y otros influjos poco enfatizados (el del V. Aleixandre de *La destrucción o el amor* y el Hernández de preguerra) dan fe de una extensa gama de registros perfectamente diseccionados. Si amor, imperio y religión fueron los temas inicialmente unificadores, con los menos clasicistas adquieren protagonismo asuntos sociales, morales y metafísicos.

Tras destacar de *Escorial* la actitud conciliadora y la visión historiográfica del imperio, así como su peculiar neobarroquismo, se pasa a la aventura de *Juventud Creadora* y *Garcilaso*, examinada en relación a sus antecedentes de preguerra y en sus vínculos con la poética de lo heroico propia del falangismo. Interesante la puntualización acerca del sesgo del Garcilaso que ahora interesa: el imperial, castrense y caballeresco, ya no el romántico-vitalista. Asimismo, se valora lo que el grupo cercano a la revista tuvo de operación política oficial, y se delimita punto por punto su poética.

Una vez caracterizada ésta, se anotan los rasgos generales del garcilasismo de los cuarenta, imitador antes del garcilasismo previo que del propio Garcilaso. Se concluye que el desajuste de programa y realidad, y la discontinuidad ideológica del proyecto inicial, favorecieron un eclecticismo amplio en los colaboradores: del 27 al postismo. En el repaso de textos y autores se reivindica a Juan Alcaide.

Similar multiformidad de posiciones estéticas, a falta de una poética espadañista, caracterizó, según G. de la Concha, a aquellas revistas —*Corcel*, *Proel*, *España*— que vehicularon la alternativa metafísica, rehumanizadora y expresionista de los menos clasicistas. Tampoco era menor el eclecticismo de magisterios reclamados. En esta parte del estudio la teorización es muy rica y fecunda —se rebaten algunas tesis de Lechner⁶— en torno a los presupuestos del grupo, marcando entre ellos los que por su valor de compromiso social y de conexión con la realidad histórica de la España coetánea encierran una voluntad de «humanismo poético» que daría cabida, en el año 49, a dos en-

tregas de *España* hegemónicas por quienes —Valverde, Panero, Aranguren, Rosales, Vivanco— están haciendo una poesía intrahistórica. Realmente, las divergencias finales de los fundadores de la revista no eran más que indicios de la polémica vida-poesía inherente a la corriente existencial.

Como balance general de este primer trecho poético —volumen 1—, puede decirse que tal vez la revisión tan detallada de la preguerra hubiese sido excusable teniendo a mano, por ejemplo, el t. 7 de la *HCLE* dirigido por el propio G. de la Concha. En caso contrario, era pertinente sentar tales bases para entender bien lo que hubo o no de continuidad más tarde. En cuanto al conjunto del proceso analizado, el lector cobra la certeza de que los logros poéticos fueron casi siempre inferiores a las declaraciones e intenciones, lo cual es muy notorio en el caso de las revistas y proclamas que jalonaron el camino.

Por su parte, la dinámica poética entre 1944 y 1950 se recorre a lo largo de seis capítulos —todo el tomo segundo— que abarcan, sucesivamente, la poesía existencial, tremendismo, postismo, surrealismo, el grupo *Cántico* y la poesía de la intrahistoria. Ya hemos discutido más arriba la operatividad de tales marbetes y de la parcelación que implican.

El análisis de la poesía existencial arranca de la detención en aquellos libros publicados hacia 1944-45 por parte de poetas de los años veinte —D. Alonso, V. Aleixandre— y de voces más nuevas —Carmen Conde e I. M. Gil—. La revolución suscitada por *Oscuro noticia*, *Hijos de la ira* y *Sombra del paraíso* se observa a través de la demorada atención a estos libros en sí mismos y en su influjo posterior en modalidades poéticas existenciales. Los dos textos de D. Alonso incidirán en desarraigados, tremendistas, poetas sociales de los 50, eticistas del 60 y, en general, en el componente expresionista que vetea otros registros. El libro de Aleixandre, por su parte, iluminará con preferencia a arraigados, surreales y a los poetas de la elementalidad. Además, ambos autores significaban un nuevo y sutil vínculo con formas y modos rehumanizadores de la preguerra.

Similares ribetes se apuntan a propósito de *Pasión del verbo*, *Ansia de gracia* y otros poemas de Carmen Conde —neorromanticismo y metafísica religiosa—, así como de *Poemas de dolor antiguo*, de I. M. Gil. En éste el punto de partida neorromántico cristaliza en una poesía «del tiempo» que entronca con Bécquer, Unamuno y A. Machado, a la vez que posee contornos expresionistas. Pero, en gene-

⁶ Cfr. I. Lechner, *El compromiso en la poesía española del siglo XX*, Leiden, Universitaire Pres, 1968 y 1975, 3 vols.